



“Bangladesh en la encrucijada: las elecciones y el futuro del octavo país más grande del mundo” por Vijay Prashad y Atul Chandra.

Posted on Febrero 13, 2026

El Partido Nacionalista de Bangladesh (BNP) obtuvo una victoria aplastante en las elecciones del 12 de febrero de 2026, asegurándose 212 de los 300 escaños parlamentarios. Esta victoria no representa simplemente un cambio de gobierno. Es la culminación de un proceso político que no comenzó con la ira espontánea de los estudiantes en las calles de Daca en 2024, sino mucho antes, en los cálculos estratégicos de sectores de la oligarquía bangladesí y sus patrocinadores en el Norte Global. La Liga Awami, que había sido derrocada en 2024, fue excluida de las elecciones. Los dos bloques principales procedían de la derecha. Solo siete mujeres ocuparán escaños en el parlamento de 350. Solo ganó un candidato explícitamente de izquierda (Zonayed Saki).

Para entender lo que ha sucedido en Bangladés, deben situar esta transición en el contexto más amplio de la creación de una nueva geografía política en el sur y el este de Asia. Los Estados Unidos, que ha tratado de reafirmar su control sobre el hemisferio occidental, está intentando con todos sus instrumentos impedir el crecimiento de la soberanía también en África y Asia. La transición de Bangladesh forma parte de ese

proceso.

La política estadounidense no se basa en castillos de arena. El levantamiento que derrocó al Gobierno de Sheikh Hasina en 2024 fue real. Según la Encuesta de Población Activa (EPA) realizada por la Oficina de Estadística de Bangladesh (BBS) en 2024, hay un número significativo de jóvenes desempleados con títulos universitarios en Bangladesh. El desempleo juvenil entre los graduados es del 13,5%, el empleo informal representa más del 84% de la población activa, el peso asfixiante de la Ley de Seguridad Digital y la represión política sistemática: estas son las contradicciones estructurales producidas por el modelo de crecimiento dependiente de las exportaciones de Bangladesh. Pero la existencia de agravios y la operatividad política de esos agravios son dos cuestiones totalmente diferentes. La historia de la injerencia política extranjera, desde Georgia y Ucrania hasta Egipto, enseña una lección constante: el hiperimperialismo estadounidense no fabrica el descontento de la nada, sino que identifica las líneas de fractura existentes, financia y canaliza los movimientos de oposición y orquesta la escalada desde las demandas de reforma hasta el cambio de régimen en momentos de oportunidad estratégica.

Bangladesh en 2024 siguió este manual con sorprendente fidelidad. Las protestas por las cuotas se intensificaron hasta convertirse en un rechazo total al Gobierno de Hasina con una rapidez y coordinación que no se puede explicar solo con un levantamiento democrático espontáneo. Como se ha argumentado anteriormente, el patrón refleja el de Egipto en 2011: sufrimiento real, pero una trayectoria política moldeada por fuerzas muy alejadas de las calles.

La decisión del establishment militar y de inteligencia de facilitar, en lugar de reprimir, la salida de Hasina es el mecanismo estatal clásico a través del cual se consuman las intervenciones impulsadas desde el exterior. Cuando el aparato de seguridad decide no defender al gobierno en funciones, es porque ya se ha tomado la decisión, a menudo en coordinación con potencias externas, de que el régimen existente ha dejado de ser útil. La principal ofensa de la Liga Awami, desde la perspectiva de Washington, no era su autoritarismo, sino su autonomía estratégica: su equilibrio entre Pekín y Washington, su aceptación de la inversión china en infraestructuras y su resistencia a la plena integración en la arquitectura indopacífica liderada por los Estados Unidos. El autoritarismo de los aliados de los Estados Unidos, desde Arabia Saudí hasta Filipinas bajo Marcos, no provoca tal transformación. Es la soberanía, y no la represión, lo que desencadena el manual intervencionista.

Muhammad Yunus y el hecho consumado neoliberal

El Gobierno interino encabezado por el premio Nobel Muhammad Yunus no fue un gobierno pasivo. Al igual que Mohamed ElBaradei en Egipto, también ganador del Premio Nobel, Yunus era la cara internacionalmente aceptable de una transición cuyo contenido estaba determinado por fuerzas mucho menos visibles. Pero, a diferencia de ElBaradei, Yunus tenía profundas relaciones con las instituciones financieras del Norte Global, además de su red mundial de microfinanzas, para implementar un programa

económico integral antes de que se emitiera un solo voto.

La pieza central era un paquete del FMI de 6400 millones de dólares con las condiciones habituales: eliminación de los subsidios a los combustibles, endurecimiento monetario, “reestructuración” del sector bancario y consolidación fiscal. La deuda externa de Bangladesh, que ya superaba los 100.000 millones de dólares, se aprovechó aún más para imponer el cumplimiento de un programa que beneficiaba a los acreedores internacionales y a las élites financieras nacionales. A pesar de su reputación de “banquero de los pobres”, Yunus supervisó el estancamiento de los salarios reales en el sector textil, mientras que la inflación se acercaba al 9%. Para aproximadamente cuatro millones de trabajadores textiles, en su mayoría mujeres, la transición democrática se midió en términos de pérdida de poder adquisitivo.

Así es como estas transformaciones dan sus verdaderos frutos: no a través del cambio de régimen en sí, sino mediante la reestructuración del terreno económico durante la “transición”, asegurando que quien gane las elecciones posteriores herede un hecho consumado. El 12 de febrero, los parámetros de la política económica ya estaban fijados. La democracia se redujo a elegir qué facción administraría la austeridad.

El BNP, la recompensa estratégica de Washington y la fractura del panorama político de Bangladesh

La mayoría absoluta del BNP no es tanto un veredicto democrático como el resultado previsto de un proceso de ingeniería política de dos años. Para Washington, Bangladesh es un nodo crítico en la geografía de contención que se está construyendo alrededor de China, que une el océano Índico con los puntos estratégicos marítimos del sudeste asiático. Bajo el mandato de Hasina, Bangladesh aceptó la inversión en infraestructura china en proyectos como el puerto de aguas profundas de Payra, al tiempo que resistió la presión sobre las bases militares y la alineación dentro del marco adyacente al Quad. El BNP, arraigado en el establishment militar-burocrático más que en la tradición secular-nacionalista de la Liga Awami, se ha mostrado históricamente receptivo a las preferencias de los Estados Unidos en materia de liberalización del mercado y cooperación en materia de seguridad. Su regreso señala el reajuste estratégico que se pretendía lograr con todo el proceso: una integración más profunda en los marcos liderados por los Estados Unidos, un enfriamiento de las relaciones con Pekín y una postura permisiva hacia las condiciones financieras occidentales que Yunus ya había fijado.

Para el sur de Asia, las implicaciones son graves. Un Bangladesh orientado hacia Washington debilita la cooperación regional autónoma, socava el espacio para el desarrollo no alineado que el BRICS y otras plataformas multilaterales han tratado de construir e introduce una nueva inestabilidad en un subcontinente ya fracturado.

Sin embargo, el panorama interno que ha producido esta transición planificada es más volátil de lo que

probablemente pretendían sus artífices. A diferencia de la época 2001-2006, el BNP y Jamaat-e-Islami se disputaron las elecciones como rivales acérrimos. Jamaat lideró su propia Alianza de 11 Partidos, ganando 77 escaños, con una campaña marcada por la hostilidad abierta y los enfrentamientos directos entre el BNP y Jamaat en circunscripciones como Dhaka-3. La ruptura tiene una consecuencia sin precedentes en la historia: Jamaat-e-Islami ocupa ahora la posición de principal oposición, un estatus que nunca había tenido en la historia de Bangladesh. La alianza con el Partido Nacional de los Ciudadanos, el grupo liderado por los estudiantes de 2024, confiere a Jamaat una legitimidad extraordinaria.

El Jamaat es un partido cuya dirección estuvo implicada en la colaboración con el ejército pakistaní durante la Guerra de Liberación de 1971 y cuyas figuras más destacadas fueron condenadas por crímenes de guerra. Liberado de las limitaciones de la coalición, el Jamaat puede ahora construir una influencia hegemónica en las universidades, las asociaciones profesionales y la sociedad civil desde los escaños de la oposición, estableciendo términos ideológicos sin asumir la responsabilidad gubernamental. Se trata de una posición ventajosa para la transformación social a largo plazo.

La dimensión más trágica es lo que ocurrió con las fuerzas instrumentalizadas para hacer posible la transformación de 2024. El Partido Nacional Ciudadano, el ala política del movimiento de protesta de la generación Z, no logró traducir el poder de la calle en resultados electorales. Muchos líderes estudiantiles, entre ellos figuras como Nahid Islam, se alinearon con la Alianza de 11 Partidos de Jamaat en lugar de con el BNP, al considerar a este último como un partido dinástico más. El resultado: los jóvenes revolucionarios que derrocaron un régimen acabaron en un bando con islamistas radicales, unidos únicamente por su oposición al “regreso a la normalidad” del BNP. La lógica estructural refleja exactamente la de Egipto: sin una izquierda organizada con un programa de clase coherente, la energía popular es capturada por la fuerza que más eficazmente se presenta como antisistema. Mientras tanto, han continuado las detenciones selectivas de miembros de la Liga Awami y de fuerzas de izquierda aliadas, incluido el Partido de los Trabajadores de Bangladesh; se han cerrado medios de comunicación y se ha acusado a los opositores de delitos graves. Los guardianes de la represión cambian; la represión en sí misma es una característica estructural del Estado.

Bangladesh se enfrenta ahora a una crisis agravada: un gobierno del BNP que aplica la austeridad impuesta por el FMI con un poder parlamentario sin control; un Jamaat que construye una influencia hegemónica con un reconocimiento institucional sin precedentes; una generación traicionada dispersa en vehículos políticos incompatibles; y una economía preconfigurada por la consolidación neoliberal sin espacio fiscal para la redistribución. El Indo-Pacífico se está reorganizando mediante la ingeniería política de las orientaciones estatales. Bangladesh es el último territorio en incorporarse a esta nueva geografía. La tarea de las fuerzas de la solidaridad laboral y antiimperialista no es solo documentar lo que se ha hecho, sino organizar la respuesta.

Vijay Prashad, historiador y periodista indio. Autor de cuarenta libros, entre los que se incluyen

Washington Bullets, Red Star Over the Third World, The Darker Nations: A People's History of the Third World, The Poorer Nations: A Possible History of the Global South y How the International Monetary Fund Suffocates Africa, escrito junto con Grieve Chelwa. Es director ejecutivo de Tricontinental: Instituto de Investigación Social, corresponsal jefe de Globetrotter y editor jefe de LeftWord Books (Nueva Delhi). También ha aparecido en las películas *Shadow World* (2016) y *Two Meetings* (2017). Colaborador de elmaipo.cl

Atul Chandra es coordinador para Asia de Tricontinental: Instituto de Investigación Social.

El Maipo/Globetrotter

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.